

El Cuento Semanal



DE SOL A SOL
por ENRIQUE AMADO
Ilustraciones de Manchón

Ayuntamiento de Madrid

30 céntimos

manchón

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-8 de Septiembre de 1911.-NUM. 245

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancura y fijeza, á la de incandescencia, por gasolina, de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43, Madrid.

Es inexplorativa. No produce humo ni olor.

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA



SAN ROQUE, 7 MADRID



Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUNTO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



Cayetano Fernández

Recibe en México Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

EL CABO DE LAS TORMENTAS

POR JOSÉ ALSINA

DE SOL A SOL

Saliendo de la villa para Santa Marta, hay que seguir la carretera real; de que se llega al cruce, tomar la de la provincia, y anda que te anda, hasta dar con los huesos en Baliñas, que allí, por no sé qué misteriosos apaños del cacique en el trazado, dióse remate á la obra y fin y cuenta al paseo ciudadano. Síguese luego por un camino de carro, recto, derecho, que muere en los molinos de Segad, y tirando por la izquierda, pasado el puente de tres arcos, llégase á una ensenada roída en las montañas por los rigores del invierno.

Eslamos enfrente de la sierra, que se alza en jorobas dulces y leves, con una arruga profunda donde se anida, apretadita y como olvidada del mundo, una pequeña aldea, toda hecha de verde y de blanco, que se llama *Aldeña*. Hay que subir, primero un camino ascendiente por entre peñascos, harto rudos, y luego otro, que se desliza á modo de una sierpe por las resquebraduras de las rocas, tortuoso, difícil, como un diseño de la bajada al Averno. Más tarde un sendero hacia la empinada ladera de la izquierda, y de que se logra este punto, una garganta tosca y profunda que va á terminar en un risueño y florido valle.

Y aquí nos detenemos un instante para respirar. El camino cortado, incrustado como se halla, cae por un flanco sobre un paisaje admirable. Todo repartido en vegas y huertas, de un verde húmedo, fresco; los prados en lo hondo, y más allá de los prados la montaña. No se impone á la vista ningún detalle, no se oye ni el más leve rumor de voces; una actitud de éxtasis inmoviliza todo, y las cosas, como los niños, parecen dejarse adormecer. Aquí y allá, de cuando en cuando, casas y casales, que blanquean como palomas inmóviles, y bandos de árboles que descienden por los valles, tan copudos y redondos, de un verdor tan suave, que semejan musgo fresco y espeso, donde apetece caer y tumbarse á la bartola.

Pero vamos á Santa Marta, que ha de ser teatro de un suceso extraordinario. Todos los que van de la villa á Santa Marta no llegan si no es de la mano de prácticos muy expertos. Piérdese uno por aquellos laberintos del llano y de la cumbre. Otra cosa es para los que vienen de septentrión, por la parte del mar. Sí, porque éstos no tienen otra cosa que hacer sino guiarse por la

iglesia de San Martín, que se alcanza á ver desde dondequiera. Pero como tampoco es cosa de cruzar el mar para conseguir la ayuda de semejante guía, los de la villa vamos por el monte, y, tarde y con daño, á la rastra por lo común, llegamos á Santa Marta.

Ahora será bien hacer conocer algún detalle para el trazado de la ruta imaginaria. En llegando al Crucero de la Caula, apártase una vereda de arena; ¡que nadie la siga, por los clavos del Señor! Es senda de pastores y de malhechores; en otro tiempo camino de la Santa Compañía. De quien aventuró por ella sus pasos, ó no se supo otra cosa ó se dijeron historias de brujas y trasgos, que no es este el lugar á propósito para referir.

Y otra observación. Algunos ruedan por la vertiente de la sierra con el pretexto de alajar el monte, pero, en realidad de verdad, para ver de cerca la explanada, donde blanquea una casa noble, de opulento sosiego, con una torre oculta entre un castañar espeso. Mal hace el que así retrasa su camino. Habita la casa noble una estrella del arte coreográfico, católica, arrepentida, célebre y cortejada en otra fecha, cuando tenía metimiento con el viola del *Grammophon-Scala*, de Hamburgo, pero que hoy necesita de todo silencio y soledad para lavar en calma sus pecados.

De aquella garganta de la sierra pasábase á un valle risueño y florido; recordamos haberlo dicho ya. Pues bien; á seguida del valle comienza una larga alameda de sombra espesa, y al cabo de la sombra, que muere después del arbolado, álzase el portalón de un castillo, con su escudo de armas de granito secular, un poco ó un mucho, mejor un mucho, desde luego, obscurecido y envejecido por el musgo. Es una casa solariega; lo dicen las armas, las almenas derrocadas y las gruesas paredes en ruinas; lo dice aquel portalón de que ya hicimos memoria, abierto por igual á ricos y pobres, al aire y á la luz; lo dice un hidalgo que está cabe á la fuente cubierta de rosas blancas, en la proyección de sombra de unos sauces, adonde llega la luz enternecida de los campos, y lo dice un criado viejo, espejo de hombres servidores, casi un señor para los efectos, que conversa con Don Juan Francisco en el punto y hora en que comienza el relato de esta verídica historia.

Estado de la Hacienda

DON JUAN FRANCISCO

¿Y dices que en los molinos de Segad?...

PEDRO

Mismamente, señor; desde la piedra de la heredad, que ya es de San Andrés, río arriba, hasta el Cornazo... Según se va por el monte, al marco de Baliñas, hasta más allá de la iglesia de Follente, por encima de la casa del mayorazgo...

DON JUAN FRANCISCO

(Como alejando la idea de un recuerdo ingrato.) Lejos, lejos del mayorazgo.

PEDRO

Ahora vamos, señor; se toma por un camino de individuo que se llama de Santa Margarita, cara á otro marco puesto más allá de San Breixo. De seguida, por de fuera del atrio, sin separarse de orillas del Bermana, todo reuto, hasta dar en la parroquial de Lantañón. Más luego... después... ¡sí! Después, por el mismo monte, partiendo del castañar, toda la Felgueira y toda la tomada, hasta la Lama de arriba; de aquí, conforme se baja por un camino de carro, á la mano derecha, seguido, rento, á lo largo de la Buraca... En dimpués, como se sale de las heredades de Casalblanco, anda que te anda, vega de Chain, prados de Puente Arnelas, vegas de Bayón, atrás San Antonino y atrás Santa Marta, atrás Vilanova, yendo á tocar al mar... y toda la orilla y la carretera y el erial, hasta dar de nuevas con el río, con San Breixo, con Follente, con el marco y con los molinos de Segad...

DON JUAN FRANCISCO

Y tanta y tanta tierra, ¿paga foros á la casa?

PEDRO

A modo, señor; escrituras no le faltan; papeles de justicia, los que se quieran... pero el fruto y los cuartos, ó están en la tierra ó bien guardados en las arcas; le es gente ruin.

DON JUAN FRANCISCO

Gente pobre, miserable; habrá quien no se haya puesto zapatos en su vida.

PEDRO

¿Zapatos? ¡Ni camisa, señor! Es mucha miseria la que se echa de ver por ahí adelante.

DON JUAN FRANCISCO

Y decías que tenemos razón para descansar...

PEDRO

En la Felguera, de sol á sol; mesa y cama para el señor y el caballo y más el perro y el criado.

DON JUAN FRANCISCO

El criado, el caballo y el perro.

PEDRO

Por sí ó por no, siempre me toca ir á lo último de todo. En Lantañón, cama, mesa y fuego

de arder para el señor y su perro; en la rectoral de la Buraca, la cama del mayorazgo, puchero de gallina y fruta del tiempo, y por todos los castros, así de día como por la noche, invierno y verano, paso por sotos y encrucijadas, y gente de bien que le ponga en caminos de andadura... Esto sin contar con los curatos.

DON JUAN FRANCISCO

Los de presentación de la casa.

PEDRO

En todos tiene, y no ha de haber en la tierra quien se lo quite, ni el más alto ni el rey de Madrid, lecho donde dormir y mesa y criado para servirle á su cumplimiento. Y son tantos curatos, si Dios nuestro Señor me ayuda, como los de Barro, Casal, Outeiro, Aldeia de Arriba, Paradivas, Fermoselle, Puente Arnoya, Ferreira, Narón...

DON JUAN FRANCISCO

¡Memoria dichosa!

PEDRO

Va para cincuenta y tres años, señor, cincuenta y tres años de servir en la casa, y le fui cabezalero muchas veces y le cobré muchos miles de reales y de pesetas y de pesos... ¡muchos miles de pesos de renta!... Y bien sabe, mi amo, qué una sola palabra que me diga, y antes pego fuego á los Pazos que no...

DON JUAN FRANCISCO

(Abrazado á Pedro, sonriendo á duras penas.) Estás loco, loco de atar. ¿Fuego á los Pazos? ¿Qué mal te hicieron los Pazos, di?

El sentir del vulgo

En la cancela del patio asoma Concepción, una vejancona de aldea, cubierta de mil harapos distintos, que pregunta sin hablar, valiéndose de Pedro, por medio de una larga mirada inquisitiva y curiosa. El criado encógese de hombros; la vieja imita el movimiento y transmite una seña á alguien que la aguardaba fuera. Entra Garrido, otro vejete, labrador, que, al encogerse de hombros, también, partcipe del mismo vago sentimiento, creyérase que traslada la cabeza hasta asentarla en el descote del chaleco. Avanza un paso y luego otro.

GARRIDO

¿Hay permiso?

DON JUAN FRANCISCO

A canas honradas no hay puertas cerradas.

CONCEPCIÓN

¿Da su licencia?

PEDRO

Pasad, señores, que mi amo presta conformidad para recibirlos.

GARRIDO

A las buenas tardes.



DON JUAN FRANCISCO

Nos las dé Dios.

CONCEPCIÓN

(Luego de mirar por orden al resto de los personajes, avanzando al señor resuelta y trágicamente, con vocecita cascada y tímida al comienzo; luego, valiente y aldeana.) ¡Don Juan, Don Juan Francisco... mire para mí, aunque sea vieja; mire para mí, para estos ojos que no engañan! ¿Es verdad... Don Juan Francisco del alma, dígame si es verdad lo que rosmán por la aldea?... Diz que viene la Justicia á los Pazos, cuentan de que hubo una subasta en la villa... Responda, Don Juan Francisco... ¡Ay, Pedro! Y tú, ¿qué me cuentas? ¡Ay, Dios mío, Santa Marta queridíña, nunca Dios tal hiciera; qué desgracia, qué desgracia tan grande!... ¡Calláis, puñeña; pues, callad, que en los Pazos no entra ni justicia alta ni justicia baja!

DON JUAN FRANCISCO

(Tranquilo, conciliador.) No grites, no grites, Concepción.

GARRIDO

¿No quiere gritos? ¡Arre codia con él! Pues los han de oír y... gordos.

CONCEPCIÓN

Y más bien gordos. ¿Ibamos á estar callados, puñeña? Ni que fuéramos estatuas, señor.

PEDRO

Bien hecho, que no es de ley lo que hicieron.

DON JUAN FRANCISCO

(Subiendo el tono de voz, imponiéndose.) Mal hecho, ¡ea! Los Pazos estaban hipotecados y yo no pude cumplir ni bien ni mal.

CONCEPCIÓN

Y con usted quién cumple, santo del cielo.

GARRIDO

Si no miramos unos por otros, ¿quién nos ha de valer en la tierra?

DON JUAN FRANCISCO

¡La Justicia!

GARRIDO

La justicia que mire para ella, para arreglarse por dentro; Dios me perdone.

CONCEPCIÓN

La justicia, no y no, puñeña; en la aldea no entra, no entra y no entra.

DON JUAN FRANCISCO

Entra, entra y entra; y se acabó lo que se daba y colorín colorao... *(Siéntase con esto en un banco próximo, el primero del jardín, que, á seguida del patio, abre por calles entamizadas de rosas y de camelias. Venta para él un perro, como un castillo, dando crueles dentella-*

das en el aire y relamiéndose la espuma: ver al amo y echarse á sus pies fué cosa de un instante; los aldeanos le juzgaron víctima de su propia rabia. Entretanto, Pedro permanecía inmóvil junto al banco, y los labriegos, del otro lado, un poco distantes, continuaban refunfuñando que «á ver, á ver si la justicia se atrevía á entrar...» Hubo un momento que echaron los brazos por alto, con muestras de imprecación; Garrido, en una sacudida nerviosa, saltóse la hormilla que sujetaba el cuello de lienzo crudo, y puso al aire su piel tostada, casi hasta el estómago... Concepción, recogida la hormilla del suelo, mostró entrambos brazos desnudos, como en suerte de retorcer el pescuezo á una gallina... Estando ya sin brío, luego de estos movimientos, adelantóse suspirando.)

CONCEPCIÓN

¿Se acuerda que el año pasado nos prestó trescientos reales para comprar una becerra?

DON JUAN FRANCISCO

Sí, no tienen prisa.

CONCEPCIÓN

Prisa, no, bien lo sabemos, gracias á Dios; pero están mejor en sus manos; á los pobres nunca les falta en qué gastar.

DON JUAN FRANCISCO

Pues se gastan y en paz.

CONCEPCIÓN

(Saca de lo profundo del pecho una cartera liada y vuelta á liar en una cinta de estameña, que desenvuelve lentamente.) Bueno, pues... vendióse la becerra y helo aquí el dinero. Si hace falta, ya lo procuraremos otra vez.

DON JUAN FRANCISCO

Llevad los cuartos; yo seré quien os los pida, si acaso los necesito.

GARRIDO

Obligados, señor; que Dios le pague la voluntad.

DON JUAN FRANCISCO

Bueno, id con Dios.

CONCEPCIÓN

Marchar, hemos de marchar; pero los cuartos, no se mate, que no los llevamos. Tome, guárdelos, y que Dios nuestro señor le llene las arcas de onzas de oro.

DON JUAN FRANCISCO

Andad, andad.

CONCEPCIÓN

No se canse ni se incomode. ¡Mire que los tiro, Don Juan Francisco!

DON JUAN FRANCISCO

Tíralos.

CONCEPCIÓN

Y usted quiere embromarme... (Corre á la

zaga de él, sin darle alcance, por más de que Garrido intenta atravesársele en las vueltas; así corren un rato, alegres, brincadores, y, por fin, va hacia Pedro y le deja el dinero en el bolsillo. Risa, juramentos, alborozo general. Concepción y Garrido han ganado la verjilla y hablan desde afuera.)

GARRIDO

¡Ay, que me abro de tanto reír, que tuvo chiste la ocurrencia! ¡Mire para Don Juan Francisco, que salta como un pájaro! Da genio verlo.

CONCEPCIÓN

Oído, que á la aldea no vienen, ni justicia ni cuernos, ni justicia ni san justicia... Con Dios. (Se les ve correr de la mano, torrentera abajo, dando gritos, que resuenan clara y distintamente.) ¡Ay, que me mato! ¡Arreniégo el demonio! ¡Suelta, suelta ya! ¡Condenado!

DON JUAN FRANCISCO

Adiós, adiós. Almas del cielo, qué agradecidos son.

PEDRO

Como perros.

DON JUAN FRANCISCO

Como perros, dices bien.

El código de Francisco

Estaban persuadiéndose recíprocamente con estas razones, cuando vieron venir hacia sí cierto aldeano socarrón, Francisco de nombre, Pica-pleitos de sobrenombre, cuyo discreto empleo era dar que cobrar á la curia y cuya satisfacción sería tener muchos ojos y muy despiertos, uno en cada vecino, para descubrirles sus falsedades y alcanzar que ninguna falta ni delito se escapase sin la oportuna sanción penal.

Traía ferreteados los zuecos con muy buena táchuela y una aguijada al hombro.

FRANCISCO

¿Hay licencia?

PEDRO

Pasa, Farruco.

FRANCISCO

Con permiso. Buenas tardes.

DON JUAN FRANCISCO

Felices. Cúbrete.

FRANCISCO

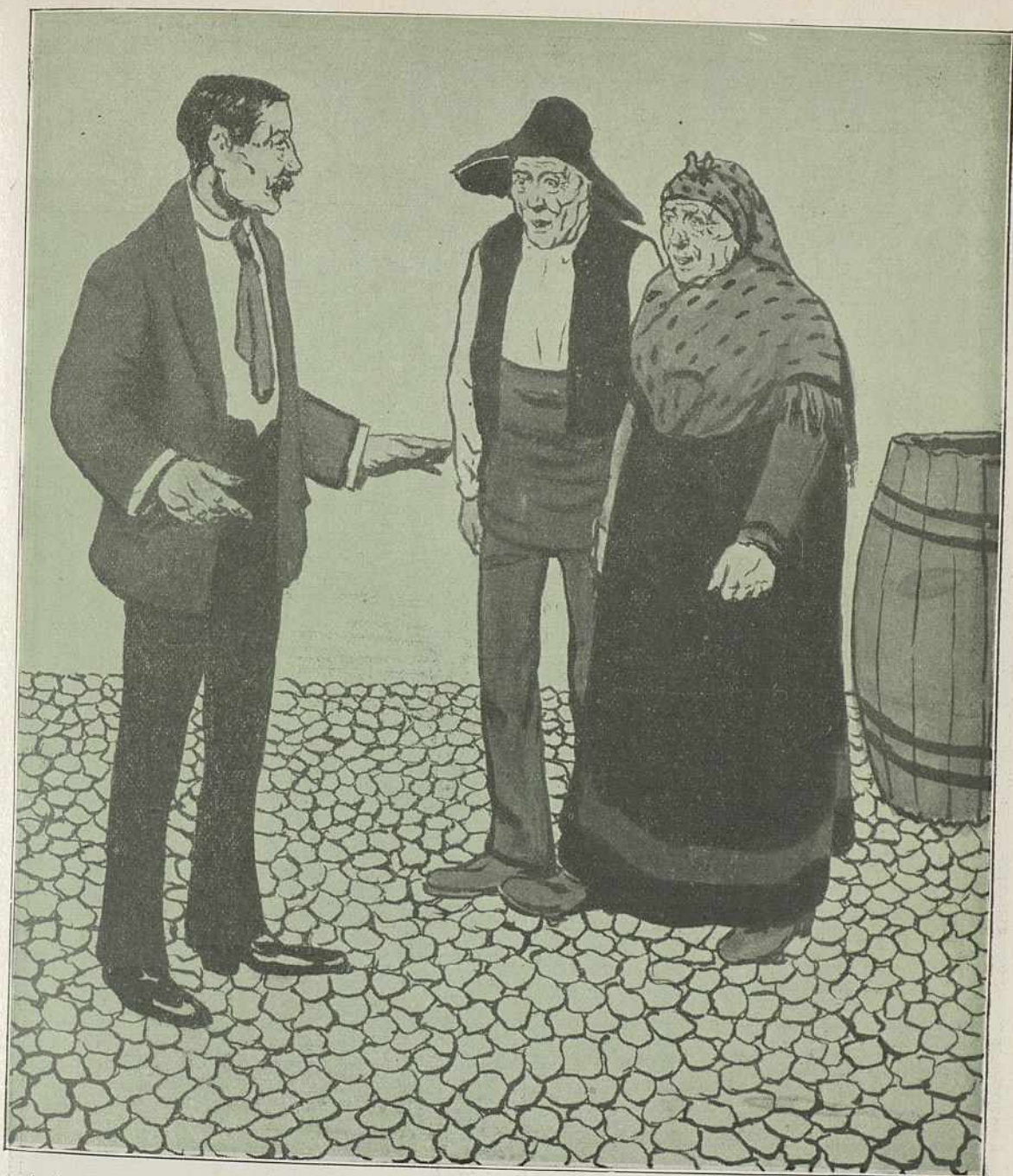
(Llevándose el sombrero á la cabeza.) Dispensando.

DON JUAN FRANCISCO

¿Qué hay, Farruco? ¿Qué se dice por ese consistorio? ¿Engordan las arcas ó los concejales?

FRANCISCO

Todos vamos á una, señor; en clase de pobres tenemos igual: miseria, señor; miseria por donde se mire... (Una pausa expresiva, du-



rante la cual se lleva la mano á los pómulos, corriéndola luego por la cara una y otra vez, como afilando la supuesta barba.) Y más yo le quería consultar... quería saber si hay razón en derecho para fundamentar una aución, que yo bien me entiendo... No hay razón, señor, no hay razón, sino que en la aldea le hay parbos que se piensan... Mire, le eeren que en regalando á la justicia un lomo de cerdo, dispensando la presencia), ya le está todo conforme... ¡Y no le es así; no hay tal, que yo bien sé!

DON JUAN FRANCISCO

¿Pero ya tienes otro lío? Tú no escarmientas, hombre.

FRANCISCO

No es eso, señor; es que Campos, así Dios

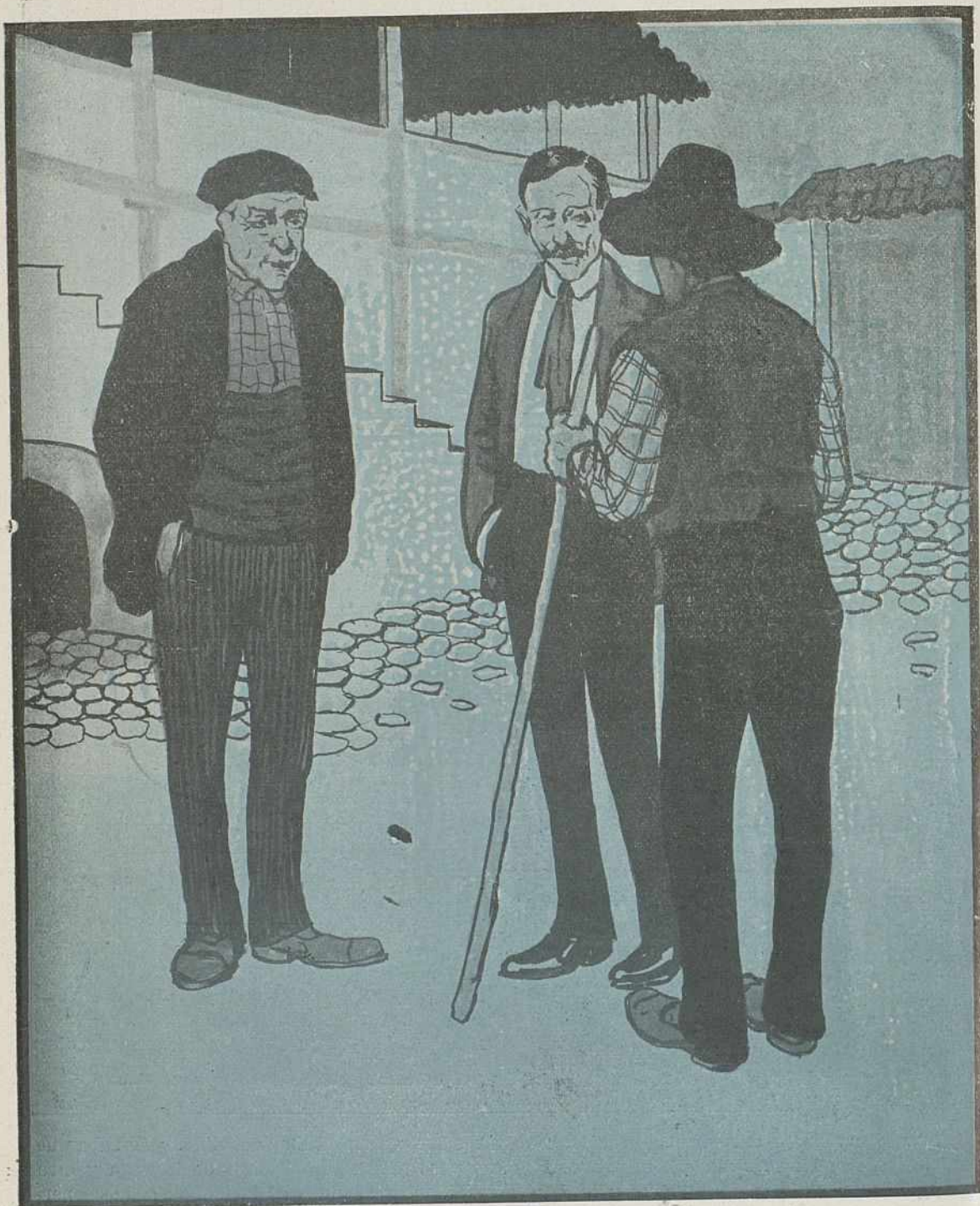
me salve, quiere acabar conmigo. ¿No sabe que me puso pleito por el riego de la vega y otra cuestión por el muro de la tomada? Ha de perderlas, si Dios quiere y hay justicia en los hombres, pero á mí me embroma y me hace molestar á las personas amigas y gastar lo que no le hay en la casa...

DON JUAN FRANCISCO

Lo que sobra en tu casa es de qué gastar.

FRANCISCO

No hay, señor, no; á fe que no. Usted bien sabe lo que es la casa de un labrador. ¿Qué me importa á mí tener un par de yuntas de labranza y veinte pipas de vino, como el que dice, y cien ó doscientos fanados de sembradura? Di-



nero, no le hay, señor. Y tantas bocas á comer... Aquí, Pedro, bien lo sabe, que yo me mato para el trabajo y que á mí no se me encuentra en una taberna para beber un vaso ni dos...

DON JUAN FRANCISCO

Vaya, aquí el único que no sabe lo que dice, soy yo. Está bien.

FRANCISCO

(Luego de una pausa, en otro tono, como arrastrando las palabras.) Usted ya sabrá de eso... de la cuestión; hablóse ayer en el municipio.

DON JUAN FRANCISCO

¿De qué?

FRANCISCO

De eso, de la subasta.

DON JUAN FRANCISCO

Sí, que se quedó Valladares con los Pázos.

FRANCISCO

Valladares de testafarro; fué otra persona que le ha de alegrar cuando lo sepa.

DON JUAN FRANCISCO

(Con acento creciente.) Don Roberto, acaso.

FRANCISCO

¡Qué Don Roberto! ¡Doña Asunción!

DON JUAN FRANCISCO

¿Mi hermana?

FRANCISCO

Yo pensé que le daba una buena noticia; si tal supiera...

DON JUAN FRANCISCO

Sí, hombre; me alegra, me alegra mucho. Gracias, gracias.

FRANCISCO

Pues... mandar, y disimule.

DON JUAN FRANCISCO

Nada, de nada.

FRANCISCO

Conservarse, Don Juan Francisco; adiós, Pedro.

DON JUAN FRANCISCO

Gracias, igualmente. Hasta la próxima cuestión. En ésta estás de enhorabuena; Campos no conoce el Código.

FRANCISCO

Qué ha de saber él, si no es de pegarle á la mujer. A usted, felicidades, porque el asunto se arregló á su gusto.

DON JUAN FRANCISCO

Adiós, adiós.

FRANCISCO

Conservarse, y disimule.

PEDRO

Aguarda, que voy á dar una razón á los de Casal.

(Vanse los dos por la era y Don Juan Francisco entra en la casa. A poco se siente la voz de Francisco, en el camino: ¡Ei, rapaza, qué guapa estás! Entra María con un haz de hierba en la cabeza. Alre primeramente una puerta de la cuadra, la de la vaca, toma un brazado de hierba y entra.)

MARÍA

Ei, marela, aparta de ahí, marela... Aparta, vaca ó rayo... ¡Ei, vaca!... ¡Aparta, condenada; aparta de ahí!... *(Pausa: sale, cierra la puerta y abre la del caballo; entra, con otro brazado, á gritos, imitando una voz masculina.)* Oí, oí, oí... Morito, caballo... alza... alza, Morito... caballo... *(Sale, á tiempo que asoman por el camino Doña Asunción y Don Román.)* ¡Señora!

DOÑA ASUNCIÓN

¿Está en los Pazos el señorito?

MARÍA

Está, sí, señora.

DOÑA ASUNCIÓN

¡Ay, respiro!

MARÍA

¿Quiere que llame?

DOÑA ASUNCIÓN

No, deja; subiremos nosotros.

MARÍA

Como le acomode mejor... Con permiso de la señora... *(Vase.)*

La polilla de la casa

Hizo señal Doña Asunción de subir por la escalera; miróse un poco Don Román, hallando quizá difícil el término de la caminata. Estábanse en el propósito de subir ó de aguardar, y en tan buena sazón apareció Don Juan Francisco en lo alto de la varanda. Llevaba el compás con un garrote. Comenzaron uno y otros á mirar y á remirarse; trató Don Juan Francisco de seguir la corriente, y á este fin bajó con mucha calma la escalera, y cuando los tuvo á mano, luego de una pausa larga y dolorosa, les habló.

DON JUAN FRANCISCO

Os esperaba.

DOÑA ASUNCIÓN

Mal hecho, porque mal hacemos en venir.

DON JUAN FRANCISCO

Digo que os esperaba porque os he visto correr como locos por el atajo... lo demás no me importa.

DON ROMÁN

Juanín, Juanín... ¡vamos, hombre, que no se diga!

DON JUAN FRANCISCO

Que no se diga... nada, eso es.

DOÑA ASUNCIÓN

Pues es fuerza que nos escuches, aunque después tires por donde más te convenga.

DON JUAN FRANCISCO

(Con ademán de resignación, les indica que se sienten. Lo hacen todos.)

DON ROMÁN

Pero con calma, Asunción; con calma, Juanín; si se puede decir todo, Dios mío, sin incomodarse. Hablando se entiende la gente.

DOÑA ASUNCIÓN

Tú ya no eres un niño, Juan; estás en tiempo de alcanzar que todos procuramos tu bien y tu felicidad antes que otra cosa.

DON JUAN FRANCISCO

Pues yo le llamo bien y felicidad á lo que, después de adquirido, ya no deseo más.

DOÑA ASUNCIÓN

Y crees que haces bien poniéndote á punto de pedir limosna, siendo la polilla de tu casa para mejor honra de la ajena, arreglando la hacienda de todo el mundo cuando la tuya se viene abajo. ¿Y cómo? Arrastrando tu nombre y el nuestro entre esas trapisondas que te traen de

DON JUAN FRANCISCO

¿Ya empezamos? Es viejo en la familia, también de abolengo á lo que parece, olvidar en seguida las cosas importantes y de juicio para repetir las necedades, como heredadas de abuelos á nietos, de padres á hijos, de tíos á sobrinos... ¡Creyérase que las queréis hacer eternas, por tradición!

DOÑA ASUNCIÓN

¿Pero tú crees que con esa vida de garamallearías vas á parar á alguna parte?... ¿Crees que se puede ser señor?...

DON JUAN FRANCISCO

Y dale: sea señor de mí mismo, y lo seré de todo el mundo.

DOÑA ASUNCIÓN

No es señorío lo que tú deseas; es apetito de alabanzas.

DON JUAN FRANCISCO

Lo mismo da; yo y el tiempo contra vosotros todos. ¿Que soy generoso? ¡Phs!...

DOÑA ASUNCIÓN

No es tu generosidad lo que se reprocha; es que llegas con las dádivas á donde la fortuna no alcanza.

DON JUAN FRANCISCO

También mi buena fama, ¡y la vuestra, que para todos la procuro!, ha pasado más allá de nuestro nombre.

DOÑA ASUNCIÓN

Palabras, ganas de hablar.

DON JUAN FRANCISCO

Eso hacéis vosotros; habláis, que no razonáis.

DOÑA ASUNCIÓN

De modo que es hablar... es hablar decirte que no cobras un foro dichoso ni rentas que siempre se pagaron á toca teja; que prestas dinero, como Dios te da á entender, para no cobrarlo nunca; que lo pides, sin rubor, firmando lo que te ponen por delante...

DON JUAN FRANCISCO

Y quién os ha dicho que yo...

DON ROMÁN

Calla, calla; debiera darte vergüenza. Dejar tu reputación...

DON JUAN FRANCISCO

¿Mi reputación?

DOÑA ASUNCIÓN

La de todos, que es lo peor.

DON JUAN FRANCISCO

¡Y pensáis que mis virtudes son tan livianas!

DOÑA ASUNCIÓN

Sí, sí... ¡No pienses que por tan generoso!... «la caridad es tanto más estimada cuanto más rara».

DON JUAN FRANCISCO

Que sea enhorabuena. Veo que el bien siempre lo encontráis de espaldas y el mal os lo echáis á la cara de contado. En mi camino he visto que las huellas de los pies humanos van siempre hacia adelante; señal de que nadie ha pretendido volver.

DOÑA ASUNCIÓN

Pero tú parece que te has propuesto acabar con nosotros. Está por la primera vez que hayas atendido el menor deseo de tus hermanos.

DON JUAN FRANCISCO

Y os disgusta eso, ¿verdad? Pues poned cuidado, en adelante, de no desear otras cosas que las que de vosotros dependan.

DON ROMÁN

¡Juanín, por la Virgen de las Angustias! ¡Mira que vender en pública subasta!...

DOÑA ASUNCIÓN

En pública subasta... no sé cómo se te cae la cara...

DON JUAN FRANCISCO

Ya sé lo que vais á decir... ¡Vender en pública subasta los Pazos de San Antoniño! ¡Si la marquesa del Portal y el señor de Queijido, si Don Tomás y Doña Julia levantasen la cabeza!... Por ahí, pierdan cuidado que no les ha de dar.

DOÑA ASUNCIÓN

No discurrieron mejor los siete sabios de Grecia. Nunca te he visto tan desatentado como hoy.

DON JUAN FRANCISCO

Hija mía, que me cuesta mucho trabajo sacar de entre las uñas la mala inclinación.

DOÑA ASUNCIÓN

Eres providencial, providencial...

DON JUAN FRANCISCO

Providencial para vosotros y para la aldea; también me lo han dicho, no creas. Aquí, por lo visto, la grandeza de nuestro generoso espíritu, nuestras armas y nuestros pergaminos, el abolengo, el linaje de que vosotros habláis, eran como un azote de miseria...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Oh, oh, Jesús! Hasta que llegó el manirroto con sus extravagancias. Tienes cada cosa.

DON JUAN FRANCISCO

Por sí ó por no, yo siempre he encontrado frase de amor en los labios aldeanos.

DOÑA ASUNCIÓN

De respeto las hubimos nosotros siempre.

DON JUAN FRANCISCO

¡Ah, de respeto, que no es lo mismo!

DOÑA ASUNCIÓN

(A Don Román.) Pero usted ve... ¿no ve usted qué chiquillo?

DON ROMÁN

(A Don Juan Francisco, en tono dulce y conciliador.) Vamos, hombre, ven acá, no seas niño, que pareces una criatura de teta. La casa se subastó; la remató Valladares, como sabes; pero, gracias á Dios, no estás tan solo en el mundo: tus hermanos...

DOÑA ASUNCIÓN

A costa de Dios sabe qué sacrificios...

DON ROMÁN

A costa de grandes sacrificios, eso es, han buscado una fórmula, una fórmula... Entre los tres compran los Pazos y te los devuelven, á condición...

DON JUAN FRANCISCO

A condición de que yo los acepte: es la única condición posible; y como yo digo que no...

DOÑA ASUNCIÓN

¡Basta, caramba! ¿Qué maneras son esas?

DON JUAN FRANCISCO

Las que cuadran á vuestra tutela impertinente.

DOÑA ASUNCIÓN

(Poniéndose en pie.) Mira cómo hablas.

DON JUAN FRANCISCO

(Levantándose también.) Cómo me hacéis hablar.

DOÑA ASUNCIÓN

De modo que la última palabra...

DON JUAN FRANCISCO

Que me dejéis, Asunción, que me dejéis en paz.

DON ROMÁN

Piénsalo, Juanín.

DON JUAN FRANCISCO

Lo tengo requetepensado.

DOÑA ASUNCIÓN

Bueno, allá tú; ojalá no tengas de qué arrepentirte.

DON JUAN FRANCISCO

¡Ojalá!

Gracia de las palabras

Oyóse en esto un confuso vocerío de unos niños insolentes que se asomaban. Paráronse al punto las palabras. Percibieron luego una armonía de gritos infantiles, dos cabecitas rubias por entre la majestad del parque, y entraron dentro Lolita y Andrés, dando suspiros de regalo, como si agradecieran al campo y al correr sin tasa ni medida aquellos arreboles que traían en el rostro. Echáronse á los brazos de Don Juan Francisco, haciéndole arrumacos de ternura. A poco llegó Pedro, que venía siguiéndoles, jadeante.

LOLITA

¡Padrino, padrino!

ANDRÉS

¡Tito Juan!

DOÑA ASUNCIÓN

Pero, niños, ¿qué es esto? ¿Quién os dió permiso?

LOLITA

Mamita, que nos aburríamos mucho en la carretera; allí solos, los dos. Mira, te hemos traído el paraguas, porque se ha puesto el cielo como para llover.

DOÑA ASUNCIÓN

Y solos, por esos caminos, para que cualquiera se metiese con vosotros.

DON JUAN FRANCISCO

Quién se había de meter con las criaturas; ni que viviésemos entre fieras.

DOÑA ASUNCIÓN

Tampoco son santos todos los que comen pan.

DON JUAN FRANCISCO

¡Bah, bah!

ANDRÉS

Oye, mamita, ¿á que no sabes á quién hemos encontrado?

DOÑA ASUNCIÓN

Yo qué sé.

ANDRÉS

A señor José Araujo: nos dió muchas *mamorias* para ti.

LOLITA

Y muchos *recaditos* y muchas *aspresiones*.

ANDRÉS

Y nos habló de la *visagora* de la pierna y que andaba *perfundizando* en la tierra, á ver si la encontraba el *virigoy*. Y dijo que Lolita tenía el andar muy *esplicable*.

LOLITA

Y que los libros de Andrés eran de mucha complicación. Oye, oye; mira qué gracioso. A ver si entiendes esto. Dijo que la raíz del castaño era más moral... no, no es así...

ANDRÉS

Que la raíz del pino era más honesta que la del castaño, porque *perfundizaba* más en la entraña.

DOÑA ASUNCIÓN

Bueno, no seáis tontos, y vamos, que es tarde.

DON JUAN FRANCISCO

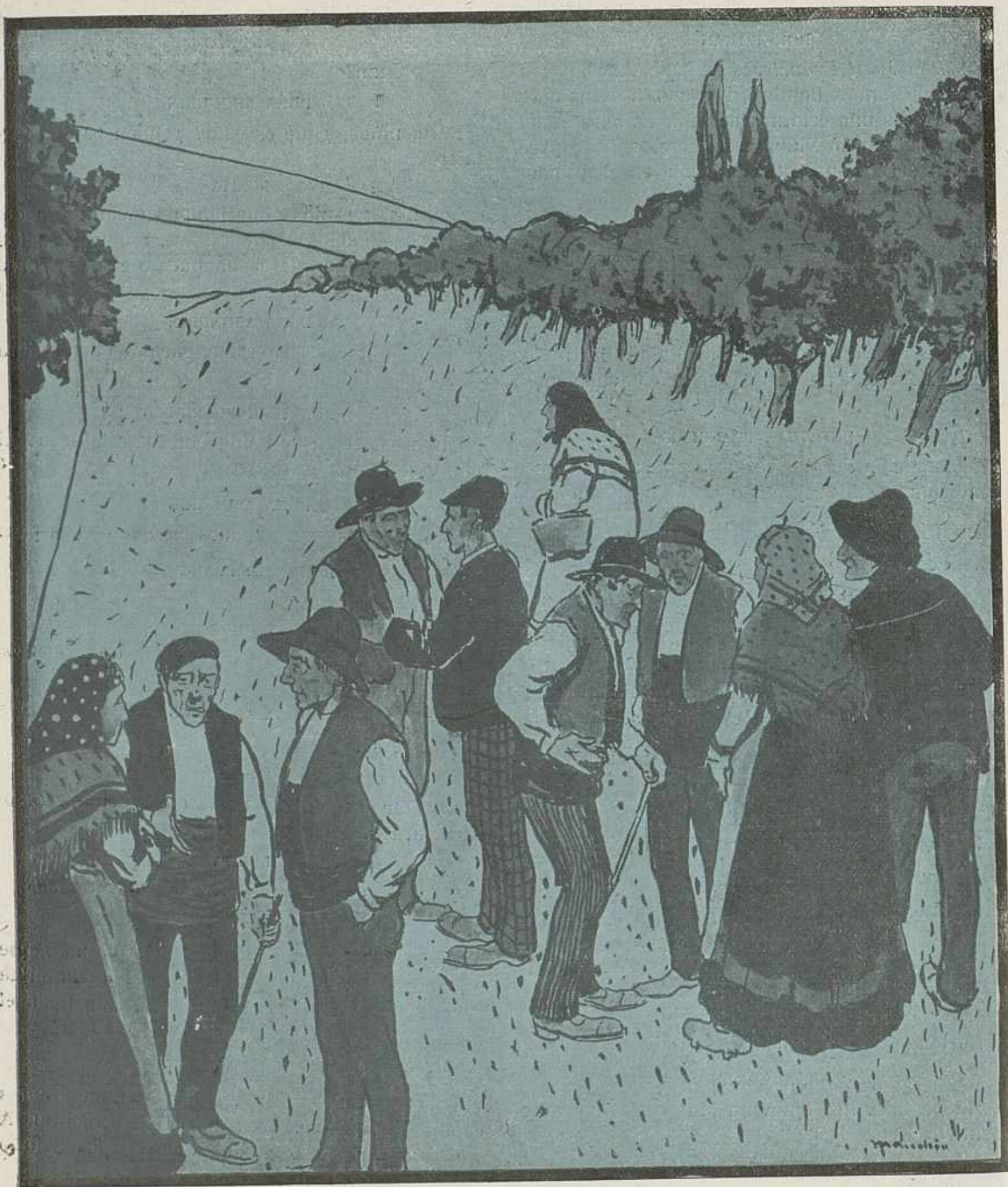
Espera, que merienden los niños.

DOÑA ASUNCIÓN

Merendarán en casa.

LOLITA

Déjanos, mamita, y estamos un poquito más con padrino.



DON JUAN FRANCISCO

Anda, Pedro, saca unas manzanas, y dile á María que ordeñe un poco de leche.

PEDRO

(En el camino, á gritos, y agitando los brazos en el aire.) ¡María... ay, María, María! (Sube á la casa.)

LOLITA

Mamita ¿sabes tú quién está ahora de guardesa en el paso de la carretera?

DOÑA ASUNCIÓN

Pero chiquillos, ¿vosotros revisasteis todo el contorno?

ANDRÉS

Venimos corriendo por Casal.

LOLITA

¿Te acuerdas de aquella Isabel que llevaba la leña á casa... aquella tan guapa, rubia?

DOÑA ASUNCIÓN

Sí.

LOLITA

Pues aquella nos dijo que había tenido un hijo de desgracia.

DOÑA ASUNCIÓN

Se murió. ¡Angelitos al cielo!

LOLITA

No le murió, vive.

ANDRÉS

Por eso digo yo que no le veo la desgracia; es decir,

DON ROMÁN

(Variando el aire de la conversación.) Vaya, vaya; vuestro buen paseo, buena merienda; quejars, quejars...

(Baja Pedro con un plato de manzanas y otro con dos vasos y una jarra. En la cancela, María.)

MARÍA

¿Llamaba el señor?

DON JUAN FRANCISCO

Sí, ordeña un poco de leche para los señoritos.

LOLITA

(Tomándole la jarra.) Déjame á mí, María.

DOÑA ASUNCIÓN

¡Chiquilla!

LOLITA

¡Si sé ordeñar, mamita!

DOÑA ASUNCIÓN

Pero no sabes que te pones hecha un asco.

MARÍA

Se va á poner perdida, señorita.

LOLITA

Bueno.

(Entra María en la cuadra y Lolita quedase á la puerta.)

MARÍA

(Dentro.) Aparta, vaca.

LOLITA

(Fuera, imitándola.) ¡Ei, vaca; aparta de ahí, vaca! ¡Ei, marena!

(A poco sale María, reparte la leche y vase.)

DON JUAN FRANCISCO

¿No quieres tú?

DOÑA ASUNCIÓN

Gracias.

DON JUAN FRANCISCO

¿Y usted?

DON ROMÁN

Tengo bueno el estómago para meriendas.

LOLITA

¡Ay, mamá! ¿Qué te decía de Isabel la guardesa? ¡Mira que tuvo suerte! Le dan casa, una huertecilla pequeña y seis reales diarios. Tiene todo muy arregladito: un cerdito, una gallina con pollitos... Está como quiere, como una reina en su trono. Y el chico ¡qué mono! llora cuando siente pitar el tren. ¡Pobrecito mío! Y dice que de noche, porque ella se levanta al tren de las tres para poner el farol, tiene que dejarlo arrojado en el suelo, porque si no, se tira de la cama. Digo yo que será por eso que dice que es de desgracia...

ANDRÉS

¡No seas tonta, mujer!

DON ROMÁN

¡Ay, el listo! Don Torcuato Peranzules.

ANDRÉS

Pues, sí, señor, yo sé por qué lo dice.

DOÑA ASUNCIÓN

Calla, calla, muñeco. Así estudiarás gramática castellana como estudias la parda, que no te hace maldita la falta. Vaya, despedirse del padrino.

ANDRÉS

Adiós, tito Pepe.

LOLITA

Un beso, padrino, que estás muy serio hoy. ¿Te vas á asomar al balcón del sol?

DON JUAN FRANCISCO

Sí.

LOLITA

Fíjate bien cuando demos la vuelta, que te he de echar muchos besos.

DON ROMÁN

Juanín, piénsalo con la almohada. Adiós.

DOÑA ASUNCIÓN

¿La última palabra?

DON JUAN FRANCISCO

(Tendiéndole la mano.) Adiós, Asunción. (Salen todos. A poco vuelve Lolita corriendo y coge una manzana.) Para el niño de Isabel, ¿sabes? Oye, ¿por qué dice que le nació de desgracia?

DOÑA ASUNCIÓN

(Desde el camino.) ¡Lolita!

LOLITA

¡Voy, mamá! Adiós, padrino. Asómate, ¿eh? (Vase saltando.)

DON JUAN FRANCISCO

¿Llevaste recado al carretero?

PEDRO

Ya está todo; mañana han de venir por los baúles.

DON JUAN FRANCISCO

Ven. (Suben á la casa.)

La justicia

Mas ya en esto volvía Concepción de sus pesquisas: aquí llegaron los aldeanos, la vieja delante, naturalmente; seguíanla otros tres, altercando entre sí por la tiranía de Valladares, que les ponía en trance de habérselas con el juez; y luego, Garrido, Peregrina, Francisco, Ramón, Antonio, y muchos labriegos y aldeanos, con legones, azadas y rastrillos, dando voces, hablando alto, para que se les oyese bien. Concepción dispuso las fuerzas, repartiéndolas prudentemente. Después se asomó al camino y tornó de nuevo, muy satisfecha.

CONCEPCIÓN

Ya bajaron de las caballerías; han de ser los mismos, no me equivoco. Pero no les vale, ¡puñeta! Entrar no entran, así Dios me condene.

GARRIDO

¡Qué han de entrar!

PEREGRINA

Antes muertos.

GARRIDO

Ni justicia alta ni baja. ¡Ei, codial! ¡Ay quien le toque á Don Juanín! ¡Ay, ay, ay!... Cuidadito conmigo...

CONCEPCIÓN

(*Batiendo las manos.*) No se le toca ni á tanto así del chaleque. Mirad que hizo bien á todos, que á todos levantó rentas y foros, que todos le debemos bien que nos hizo y que él podía tener miles de miles, si no mirase tanto para la aldea.

FRANCISCO

A mí préstome para una yunta y aún le debo.

RAMÓN

Y á mí para alambrar toda la viña.

UNA ALDEANA

Y á mí para el carro.

UN LABRADOR

Y á mí, para mandar á mi Ramón á Buenos Aires.

CONCEPCIÓN

Y á todos ¡vaya! y á todos, que era bueno hasta para mandar el caldo de gallina á las paridas.

ANTONIO

Pues también han de saber quién son los de la aldea, cuando se ponen.

CONCEPCIÓN

¡Han de saber que son como los lobos del monte!

RAMÓN

¡Como esos!

GARRIDO

¡Como fieras!

(*Se oyen voces próximas y aparece el alguacil. Un gran silencio. Avanza el recién venido hasta la cancela y, golpeándola con el bastón, grita.*)

ALGUACIL

¿Pazos de San Antoniño? (*No se oye ni un suspiro.*) ¿Pazos de San Antoñino? (*Nuevo silencio. Leyendo en papeles que trae á la mano.*) Don Juan Francisco Medrano del Villar y... del Villar y Gutiérrez del Peñón... El Juzgado de la villa le requiere... (*Avanzando hasta coger á Garrido por un brazo.*) Tú, avisa á Don Juan Francisco que estamos aguardando; el Juzgado de la villa...

(*Movimiento de protesta de parte del grupo aldeano. Levantan todos el alarido.*)

CONCEPCIÓN

(*Interponiéndose.*) Agárrese las narices, que las tiene buenas, y deje la camisa, que la va á manchar y no hay sol para el clareo.

ALGUACIL

¿Eh, quién falta á la justicia?

CONCEPCIÓN

¡Ay, puñefla! Y si quiere criados, ¿por qué no los compra? ¡Habíase de servir del primero que encontrara á mano! Pues en la aldea también le tenemos, señores, lo mismo que cerdos, dispensando la figura.

ALGUACIL

¡Vaya, á que me doy el gusto de llevar media aldea á la cárcel!

CONCEPCIÓN

Y podíase atrever, no crea. ¿Oisteis bien? ¡Media aldea para la cárcel, puñefla!

ALGUACIL

Ojo, ¿eh?, ojito. A ver, esta escalera...

CONCEPCIÓN

Pregúnteselo al ingeniero, que lo ha de saber de fijo.

ALGUACIL

(*Subiendo la escalera, á tiempo que aparecen en el camino Valladares, el escribano y el procurador.*) Don Juan Francisco Medrano del Villar y... del Villar y Gutiérrez del Peñón... El Juzgado de la villa le requiere...

VALLADARES

(*Al grupo.*) Y vosotros, ¿qué hacéis aquí?

CONCEPCIÓN

Pelamos la pava; ¿qué hay de particular?

GARRIDO

Te aguardamos á ti, buen mozo. Y hacemos lo que nos da la gana, ¿sabes?, lo que nos da la gana.

ALGUACIL

Pues aquí estáis demás; fuera todo el mundo.

CONCEPCIÓN

¡Ay, qué carácter tiene! Dice que fuera... que fuera.

PEREGRINA

Fuera tenían que ir ellos.

ALGUACIL

Fuera he dicho. (*Coge á Concepción por un brazo. No fué menester más para que se diese por ofendida la aldeana; hizose al punto fuerte con los de su banda, y rodeando al alguacil, en carrera frenética, llevábalo ya para la cañada.*)

CONCEPCIÓN

Mal rayo te abra, ¡ladrón! (*En este punto descienden por la escalera Don Juan Francisco y Pedro. Los ímpetus se calman de repente; descúbrese los hombres.*)

DON JUAN FRANCISCO

¿Qué es eso... qué es eso?...

ESCRIBANO

Esta gente...

DON JUAN FRANCISCO

Esta gente guardará á la justicia todo el respeto que merece.

ESCRIBANO

Bueno, pues entonces... Es muy sensible, pero...

DON JUAN FRANCISCO

Etcétera. Abreviemos.

ESCRIBANO

Habiéndosele notificado la subasta de los Pazos, el Juzgado va á proceder á dar posesión de sus derechos al rematante, Don Andrés Valladares.

VALLADARES

Yo, señor...

DON JUAN FRANCISCO

Tú, no, hombre; ya lo sé.

CONCEPCIÓN

¡Mala alma, perro!

DON JUAN FRANCISCO

Pues cuando el Juzgado quiera. *(Instálanse el escribano y el procurador en una mesa de piedra; sacan tintero, pluma y papel y comienzan á escribir. El alguacil y Valladares acércanse al camino.)*

EL ALGUACIL

¡Posesión! ¡Posesión! *(Luego coge del brazo á Valladares, entran en la casa y á poco se le oye gritar, en el balcón del sol:)* En nombre del juez os doy posesión de esta casa, en voz y nombre de las demás que se os han adjudicado...

DON JUAN FRANCISCO

(Dolorosamente impresionado.) Vámonos, Pedro; llévame pronto de aquí.

PEDRO

Vámonos, señor.

DON JUAN FRANCISCO

(A los curiales.) Queden con Dios, señores míos. *(Levántanse y se estrechan la mano. Aquí, todos, después de una gran tronada de suspiros y lamentos, prorrumphen en copioso chaparrón de lágrimas.)*

CONCEPCIÓN

¿Dónde va, Don Juanín del alma? No salga de aquí, señor.

DON JUAN FRANCISCO

He de volver, Concepción; volveré, si Dios lo quiere.

GARRIDO

Pero no marche, que no lo echa nadie. ¿Verdad que no, señor de la justicia?

DON JUAN FRANCISCO

Si no me echan, ya lo sé.

Aquellos horribles gigantes que con las armas de labor en la mano defendían la entrada y el castillo, abren plaza, que no calle por donde el

hidalgo sale al camino, seguido de Pedro, el viejo servidor, y de aquel perrazo inmenso que ahora no lanza dentelladas crueles, quizá por ser el único inconsciente del destino que le aguarda. Apenas llega á la era el coro quejumbroso, oye-se otra vez la voz del alguacil:

—¡Posesión... posesión! En nombre del juez os doy posesión...

En el crucero quedáronse libres los desterrados, y de que se vieron en camino abierto, solos los dos y el perro á la zaga, echaron más que de prisa por la alameda y de la alameda al valle y del valle á la garganta que se encerraba en las entrañas de la sierra.

Toda la luz del día ibase sumiendo en un resplandor rosado; el viento, que llegaba de los campos y las eras, traía un perfume de grano y de simiente; á poco comenzó á llover. No vieron á nadie por el monte: ni pastores ni aldeanas ni caminantes perdidos. Tornaron la cabeza hacia el castillo; ya no se veía; apenas un declive de la vega silenciosa, soberbia. Pasaron chillando unos cuervos; levantáronse asustados los pájaros por entre el ramaje obscuro. Don Juan Francisco detúvose de pronto, y posando la diestra sobre el hombro del criado fiel, llamóle á sí misteriosamente:

—Para que veas; esta es la justicia, Pedro.

Pedro miró al cielo y apretó los dientes.

—No hay justicia, señor; se lo dice un hombre.

La lluvia caía lúcida y fresca; siguieron andando.

El pan de la fiesta

En la Felguera velaban aquella noche. Bajo la campana del horno, en torno de la solera, descabezaban sueño tras sueño Víctor y Teresa, en tanto que Aurora, la hija, dábale cabo á los hilvanes de una blusa que había de lucir en el día de la fiesta. Tenía la gracia de Dios el demonio de la rapaza; ninguna otra tan dispuesta para toda clase de labores; allí estaba pendiente del horno y de los encajes, quizá pensando en el punteado que había de bailarse en el atrio de la iglesia. De repente oyéronse fuertes aldabonazos en la puerta. Despertó Víctor sobresaltado, gritando:

—¿Quién anda ahí?

PEDRO

Soy yo.

VÍCTOR

¿Quién eres tú?

PEDRO

Yo.

VÍCTOR

¡Y quién es yo!

PEDRO

Lllámome Pedro.

VÍCTOR

¿Y quién es Pedro?

PEDRO

Pedro anda á servir en los Pazos.

VÍCTOR

Va de contado, Pedro; aguarda... (*Y volviéndose á Teresa y á la hija.*) En los Pazos, ¿ois-
teis? (*Abre la puerta, por la que asoman Don Juan Francisco y el criado.*)

PEDRO

¿Hay permiso para pasar?

VÍCTOR

La casa de un pobre siempre está para servir á los señores.

DON JUAN FRANCISCO

Gracias; buenas noches.

TERESA

Que el cielo los guíe.

PEDRO

Y esta es la Felguera, la casa de Víctor.

VÍCTOR

Propiamente.

PEDRO

Pues mi señor es el señor de los Pazos.

VÍCTOR

Por muchos años lo guarde Dios.

PEDRO

Bien sabéis que mi señor es amo de tantas tierras como se ven en redondo.

VÍCTOR

Todo es del señor, verdad; desde la hoja del árbol hasta la piedra del río, y nosotros somos cumplidos de servirle.

PEDRO

Por tres vidas de reyes y veintinueve años más.

VÍCTOR

Mismamente.

PEDRO

Pues mi señor quiere hacer noche en la Felguera.

VÍCTOR

El señor puede mandar.

DON JUAN FRANCISCO

Mandar, no; pero con esta noche no nos atrevemos á seguir camino. Si hacéis el favor...

TERESA

Favor nos lo hace usted, y honra, por acomodarse á nuestra miseria.

DON JUAN FRANCISCO

Gracias, entonces.

PEDRO

¿Estáis de coccadura?

TERESA

Un poco pan de fiesta. Ahora verá, señor.

(*Saca una hogaza.*) Mire para aquí, qué bueno está, con manteca y huevo. A muchos señores le gusta también. ¿Quiere probar?

DON JUAN FRANCISCO

Probaré un poquito, por estar caliente.

TERESA

Aurora, baja unas tazas y una jarra de vino, para que el señor haga unas sopas.

DON JUAN FRANCISCO

No, vino, no.

VÍCTOR

No le hace mal, señor, que es del de la casa y no tiene mixturas.

TERESA

¿O quiere un poco de dulce cordial, que también lo hay bueno?

DON JUAN FRANCISCO

Tomaré entonces un poco de vino.

TERESA

Pues, anda, rapaza, sube. (*Aurora enciende un candil y sube.*)

DON JUAN FRANCISCO

Es de la casa.

VÍCTOR

Hija única.

DON JUAN FRANCISCO

Linda moza.

TERESA

Para pasar nada más; en la aldea se echan á perder en seguida; ¿no ve que no cuidan el cutis y andan al sol y al agua siempre?

VÍCTOR

Si fuera de familia y se pusiera de esos colores de composición, no había de parecer mal, dispensando...

DON JUAN FRANCISCO

¿Soltera?

VÍCTOR

Soltera, por lo de ahora.

TERESA

Anda ahí un mozo... ya ve, señor, á la moedad también le pasa su tiempo; no hay que perder la ocasión.

DON JUAN FRANCISCO

Siendo bueno el muchacho...

VÍCTOR

Le es como todos, pero no anda mal de posibles.

TERESA

Va á encargar muebles de piano; alguno hasta le viene de Vigo. Tiene gusto el mozo. Lindo no le es, más bien feo, pero... ¡ya ve, señor!

DON JUAN FRANCISCO

Ella parece buena.



VÍCTOR

Angel del cielo, un pedazo de pan.

TERESA

¡Criatura, coitada; Dios le dé malicia, que no tiene ninguna, y para andar por el mundo también hace falta!

AURORA

(En la escalera.) Aquí está el vino. (Acerca una mesa, donde coloca la jarra y las tazas; luego parte una hogaza de pan.)

TERESA

Moje sopas, señor, que le están muy buenas.

VÍCTOR

Calla, parba, que esas son cosas de aldea.

TERESA

Pues á bien de señores sé yo que le gustan, y muchos que se privan de ellas porque le da vergüenza.

DON JUAN FRANCISCO

A mí me gustan también.

TERESA

Ves, burro, ¿no te decía yo?

VÍCTOR

Te lo dice para darte por el palo, pero no las come.

DON JUAN FRANCISCO

Sí, hombre, ¿ves?... Riquisimas, con este pan caliente, tan rico.

TERESA

Verdad que sí, señor.

DON JUAN FRANCISCO

Sí, mujer. Toma una sopa, Pedro, que como éstas no se comen nunca en los Pazos.

TERESA

¡Jesús, señor; en los Pazos de lo mejor de todo!... ¡Cosas como las que allí se hacen!... ¡Huy! Aquello no es para los pobres, que tienen el gusto muy extragado.

VÍCTOR

Y el señor ha de venir cansado del camino, hase de querer acostar pronto. Vamos á arreglar la cama, Teresa.

DON JUAN FRANCISCO

Nada de cama; yo me duermo aquí mismo.

TERESA

¡Ay, señor, también los pobres sabemos hacer el cumplimiento! No lo ha de pasar tan bien como en las Torres, ya se sabe, pero si tiene voluntad ha de dormir como un bendito. Vamos.

DON JUAN FRANCISCO

Nada de cama, ¿eh?

Ayuntamiento de Madrid

VÍCTOR

Calle, señor, y no se apure. En esta casa mismo como si estuviera en los Pazos.

PEDRO

Yo también voy arriba.

(Suben Teresa, Víctor y Pedro. Aurora, junto al horno, continúa su labor. Don Juan Francisco, después de pasearse por la cocina, aproximase á la chica y le pregunta:)

DON JUAN FRANCISCO

Una blusa, ¿verdad?

AURORA

Sí, señor.

DON JUAN FRANCISCO

¿Para ti?

AURORA

Sí, señor.

DON JUAN FRANCISCO

Es muy bonita, muy bonita; te sentará muy bien. ¿Te haces tú toda la ropa?

AURORA

Cuando hay tiempo, sí, señor; en el invierno me la hago yo toda.

DON JUAN FRANCISCO

Muy bien; mira qué manos tan hacendosas... ¡y qué bonitas!

AURORA

¡Señor!

DON JUAN FRANCISCO

Muy bonitas... ¿Y cómo te llamas?

AURORA

Llámome Aurora, para servir á Dios.

DON JUAN FRANCISCO

¡Aurora, más hermosa que la del sol!

AURORA

¿Tiene ganas de burlarse de mí? Si fuera uno de mi igual... no piense, que bien sabría responderle.

DON JUAN FRANCISCO

Pues, respóndeme como quieras, como á uno de tu igual.

AURORA

No puede ser.

DON JUAN FRANCISCO

¿Por qué, si lo quiero yo?

AURORA

Aunque usted quiera, no puede dejar de ser quien es.

DON JUAN FRANCISCO

Para ti, puedo; quiero que me trates como á un mozo de la aldea.

AURORA

No puedo subir tan alto, señor; cánsame el camino.

DON JUAN FRANCISCO

¿Y tienes novio?

AURORA

¡Para no vivir tan sola en el mundo!

DON JUAN FRANCISCO

¡Tan sola!

AURORA

No me mire de tan cerca, que soy algo morena: miróme el sol de continuo.

DON JUAN FRANCISCO

¡El sol! Parece que lo llevas en los ojos.

AURORA

Pues se equivoca; no es el sol.

DON JUAN FRANCISCO

Serán dos estrellas, entonces.

AURORA

Se equivoca, tampoco son estrellas.

DON JUAN FRANCISCO

¿Qué son, pues?

AURORA

Los ojos que miran á mi novio.

DON JUAN FRANCISCO

¡Y qué claros son tus ojos!

AURORA

¿Son claros, dice usted?

DON JUAN FRANCISCO

¿Por qué no me miras á mí también?

AURORA

Porque no es mi novio.

DON JUAN FRANCISCO

Pero te quiero.

AURORA

Y usted, ¿qué miró en mí para quererme?

DON JUAN FRANCISCO

Pensáis los enamorados que no vosotros, sino todos los demás, llevan una venda sobre los ojos... Miro en ti lo que acaso no encontrara tu galán.

AURORA

Lo halló todo, que siempre nos criamos juntos, y es buen querer el que de niños comienza.

DON JUAN FRANCISCO

Y no el que yo te ofrezco, ¿verdad? Amor por amor; siempre constante...

AURORA

Palabras de amantes, el aire las lleva.

DON JUAN FRANCISCO

Pero no éstas.

AURORA

Como todas; ¿no ve, señor, que mi oficio no es de su condición?... Yo, á segar...

DON JUAN FRANCISCO

Yo haré.

AURORA

Apacentar la vaca y la becerria...

DON JUAN FRANCISCO

Yo cargaré con la becerria á cuestas, monte arriba, para hacer menos áspero el camino.

AURORA

Calle, señor, que voy á pensar que está loco.

DON JUAN FRANCISCO

Loco por ti, eso es. Pondré sartas de corales entre tus madejas de oro; sortijas en tus manos; zarcillos...

AURORA

Está loco, señor...

DON JUAN FRANCISCO

Loco, de veras que estoy loco.

AURORA

¿Qué miró en mí para enamorarse tan de repente?

DON JUAN FRANCISCO

Miré á tus ojos de color de cielo, y á tus labios...

AURORA

¿Y no reparó que soy una pobre aldeana?

DON JUAN FRANCISCO

¡Linda aldeana!

AURORA

Una aldeana como las demás.

DON JUAN FRANCISCO

Para mí como si fueras una reina.

AURORA

Hoy... ¡que mañana lo que mande Dios!

DON JUAN FRANCISCO

Hoy, y siempre, siempre, ¿sabes?

AURORA

La reina de un señor de tanto poderío... ¡una aldeana!

DON JUAN FRANCISCO

La reina de un amor nunca sentido; mira, ven...

Cómo despierta la conciencia

Asoma entonces Teresa por la escalera; tras ella vienen Víctor y Pedro. En llegando al primer rellano, adelanta el busto por cima de un montón de leña y grita:

—Aurora, ¿tú guardaste el pan?

AURORA

No, señora.

TERESA

Pues, anda, mujer, ¿qué haces?

(Descienden todos. Madre é hija van retirando el pan del horno y echándolo en cestas dispuestas sobre la artesa.)

VÍCTOR

Todo está conforme para cuando usted quiera.

DON JUAN FRANCISCO

No tengo apuro; acostarse vosotros, que estaréis cansados.

VÍCTOR

Cansados estamos siempre, que para el labriego nunca hay descanso; y tanto remover, desde el día á la noche, para no salir de pobres... ¡Es mucha vida la nuestra!

DON JUAN FRANCISCO

Mucha vida, tienes razón.

VÍCTOR

Y siempre igual.

DON JUAN FRANCISCO

Sin una esperanza.

VÍCTOR

Ni una ilusión, señor; pensamos en el sol y el sol se torna; pensamos en el agua y luce el sol; cuando hace falta calor, vienen las heladas para arrasar los frutos; cuando cavilamos que el aire es sano, no se mueve ni una hoja...

DON JUAN FRANCISCO

Con tantos contrarios son más lucidas nuestras victorias.

VÍCTOR

Y que la mudanza que atormenta nunca nos ruega con el favor. ¡Cómo ha de ser si de este modo está dispuesto!

DON JUAN FRANCISCO

¡Cómo ha de ser! Verdaderamente...

VÍCTOR

Y á modo que Dios me dió esta rapaza, que es como un lucero... ¡Coitadiña; ella sí que es ilusión para ser lograda! Hablando de ella, cáese la baba mismamente... Mire para allí, señor; ¡si no la hay en el mundo tan hermosa!... ¡Ay, Aurora, ven acá, mujer, acércate... Mire para aquí, mire que mismo da satisfacción tenerla delante... Vuélvete...

AURORA

Mi padre, usted tiene gana de chanza.

TERESA

Vuélvete, mujer, para que te vean el cuerpo, que aquí no hay nada que no sea de ella.

AURORA

Piensen que el señor no habrá visto cuerpos como el mío, que no tiene nada de particular.

DON JUAN FRANCISCO

Tiene mucho, bien lo sabes tú.

TERESA

Qué ha de saber, que es inocente como una oveja. ¡Hija del alma, que te quiere tu madre!

VÍCTOR

Y tu padre, criatura.

TERESA

Más tu madre, que te parió.

VÍCTOR

Amado, ¿eh? Su padre como nadie.

TERESA

Y su madre como nadie.

AURORA

Callen, por Dios, no se pongan de esa manera.

TERESA

¿No ve cómo se pone ella, de inocente que es?

VÍCTOR

Anda á dormir, que has de madrugar mañana para ir á la feria conmigo; despidete...

TERESA

Anda, Aurora, acuéstate de contado.

AURORA

A las buenas noches, que descansen, y hasta mañana, si Dios quiere.

DON JUAN FRANCISCO

Buenas noches.

PEDRO

Nos dé Dios á todos.

VÍCTOR

Da acá un beso á tu padre.

TERESA

Y un ciento á tu madre.

VÍCTOR

Y otro á tu padre.

AURORA

(Así anda de la ceca á la meca, de los brazos del uno á los del otro; por fin, logra desprenderse de ellos, enciende el candil y vase. Ya en lo alto de la escalera, rezonga otra vez:)

Que descansen todos y hasta mañana.

DON JUAN FRANCISCO

Hasta mañana. *(Y volviéndose á mirar el sitio por donde ha desaparecido, murmura para sí:)*
¡Criatura inocente, pobre!

De sol á sol

Don Juan Francisco acababa de tener uno de esos golpes de los cavernosa, seca, que le estre-
mecian hasta los pies. Pero pasó al momento.
Con la mano aún temblequeante, llevóse el pa-
ñuelo á los ojos y preguntó con voz ahilada:

DON JUAN FRANCISCO

¿Y por qué no os acostáis vosotros?

PEDRO

Andad, que estaréis rendidos.

VÍCTOR

Estamos á gusto en la compañía.

TERESA

¿Quiere más sopas el señor?

DON JUAN FRANCISCO

¡Por Dios! Esloy hinchado.

TERESA

¿Y un poco de pescada cocida?

DON JUAN FRANCISCO

Cá. Si hemos cenado en los Pazos.

TERESA

¿Y un poco de jamón bien curado, del de la casa?

DON JUAN FRANCISCO

No, no; muchas gracias.

VÍCTOR

Calla, mujer; ¿tú piensas que el señor es un pobre que anda á pedir por las aldeas? Viene por aquí para divertirse ó porque andará á sus asuntos. Si cuadra, va camino de Carnota.

TERESA

Pero podía sentir ganas de comer un bocado; ¿ó piensas que los señores ayunan cuando van de camino?

VÍCTOR

Quita de ahí, hombre.

DON JUAN FRANCISCO

¿Y hay mucho hasta Carnota?

VÍCTOR

Según por donde tire: si va toda la vega adelante, á pasar el río por la Tousa, tres leguas bien medidas; ahora, si toma la carretera nueva, que es camino de más conformidad para sus pies, puede que le suba dos leguas más.

TERESA

No hay dos leguas, hombre.

VÍCTOR

¡Hay, hay! Por de pronto, de aquí á Vilanova, donde se toma la carretera, hay dos horas de carro. Echa la cuenta.

TERESA

Pero no hay cinco leguas.

VÍCTOR

Hay tal, no porfíes lo que no sabes; hay cinco leguas bien á gusto.

TERESA

Bueno, habrá, porque se va dando mucha vuelta.

VÍCTOR

Por algo había de ser. También hay otro camino, pero ha de estar lleno de barro por el tiempo. Saliendo del lugar, en el crucero, hay tres caminos: se toma el primero, á la mano derecha, y se va por la falda del Cornazo hasta la línea del tren, y por allí, todo recto, se llega mismo encima de la casa rectoral... Han de ser... tres leguas escasas. Por donde se miré, menos de tres leguas no le hay.



TERESA
¿Y bajando por el pinar de la Gándara, a tomar el camino del veintuno?

VÍCTOR
Llegas al río, y ¿qué haces?

TERESA
Es verdad, por el río...

VÍCTOR
Ya estamos: por el río, mismamente; por el río, claro; para ti todos son inconvenientes.

TERESA
Mejor, hago bien, hago bien.
(Los dos buenos aldeanos, que ya se han des-
perezado varias veces, á gritos y en amplios
movimientos de cuerpo y de brazos, van quedan-
do dormidos poco á poco y contestan, de aquí en
adelante, como entre sueños, con tino, pero va-
gamente.)

DON JUAN FRANCISCO
¿Te has fijado en lo que dice este hombre de los caminos?

PEDRO
Sí, señor; debemos tirar por el Cornazo.

DON JUAN FRANCISCO
¿Es el más corto?

PEDRO
Según dijo éste, sí; ¿verdad, Víctor?

VÍCTOR
¿Qué hay?

PEDRO
Que es más corto el camino por el Cornazo.

VÍCTOR
Poca cosa, pero más corto.

PEDRO
Saliendo del lugar, en el crucero...

VÍCTOR
El primero, á la mano derecha.

PEDRO
Bordeando el Cornazo...

VÍCTOR
Hasta la línea del tren.

PEDRO
Y después todo recto; bien sé, sí, señor...

(Víctor y Teresa se han dormido profunda-

DON JUAN FRANCISCO

Vámonos de aquí.

PEDRO

¡Señor, con esta noche de perros, para rompernos el alma por ahí adelante!

DON JUAN FRANCISCO

Vámonos, Pedro; no podemos matar la ilusión de esta pobre gente. Y esa muchacha...

PEDRO

Ha de ser como todas, sino que los padres... los padres también son como todos... ciegos para lo que tienen en casa.

DON JUAN FRANCISCO

No importa, vamos... Además, ¿recuerdas?... «En la Felguera, de sol á sol, mesa y descanso para el señor y el caballo y más el perro y el criado...»

PEDRO

El criado, el caballo y el perro, como usted me enseñó.

DON JUAN FRANCISCO

Estamos en la Felguera, pero de noche, que el sol no alumbra mis pensamientos, y podrá acontecer que entre tanta sombra cegase yo...

PEDRO

Por la rapaza no ponga tino, que no ha de tener duda.

DON JUAN FRANCISCO

Para nosotros, no; á estos pobres aldeanos, ¡quién sabe el daño que les causaríamos! ¡Acaso fuese en ello su vida entera!

PEDRO

No les había de dar tan fuerte, que la gente de la aldea le está acostumbrada...

DON JUAN FRANCISCO

Pues valgan mis virtudes para evitarlo; más ofende la mancha en la seda que en el sayal. Vamos, Pedro...

PEDRO

Como el señor mande.

DON JUAN FRANCISCO

Vamos, que para bien vivir no hay como saber olvidar y olvidar á tiempo. *(Asómase al dintel de la puerta y extiende el brazo hacia fuera.)* No llueve, ¿ves? También la fortuna nos acompaña. *(Salen y arriman la puerta tras de ellos.)*

Los lobos y el pan de trigo

Víctor, que se levantara á fin de sacudir el sueño, miró sobresaltado en torno suyo. Y se acercó á la aldeana de puntillas:

VÍCTOR

¡Ei, Teresa, Teresa...! Despierta, mujer. que ya va arriba el señor.

TERESA

¿Qué hora es?

VÍCTOR

Ha de ser tarde; sube de contado, que está la moza sola.

TERESA

Y más es cierto; la moza sola y el señor pared con pared, tocando mismo...

VÍCTOR

No tiene duda, pero es bueno vigilar.

TERESA

De un mal pensamiento no se libra nacido.
(Al pasar por la puerta, reparan en que está entornada solamente.)

VÍCTOR

Ya dejábamos la puerta abierta; alumbra aquí.

TERESA

Poco tenían que robar.

VÍCTOR

No es robar, que el ladrón pasa de largo donde no hay llaves ni trancas; que á lo mejor le cuadra bajar á un lobo del monte ó pasar un perro por el camino, le da en el olor que hay pan trigo y allá va una pieza para no volver.

TERESA

Tienes razón.

(Suben por la escalera. Distinguese apenas dos sombras en el resplandor mortecino de la luz de aceite, que lleva Teresa con el brazo en alto. Vuélvese Víctor y le grita con voz siniestra:)

VÍCTOR

¡Chist... chist! Anda á modo; no pises fuerte, que pueden despertar...

Enrique Alameda.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se empieza con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentrífico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimadas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante **DE LA TOS**. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (proba-
da durante muchos años) para corregir las alteracio-
nes del sistema nervioso. Su preparación en píldoras
facilita el uso y no hay **NEURASTENIA** que se resis-
ta á su poder. Rechácese toda caja que no sea de
lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.
LEASE BIEN EL PROSPECTO

IMPORTANTE

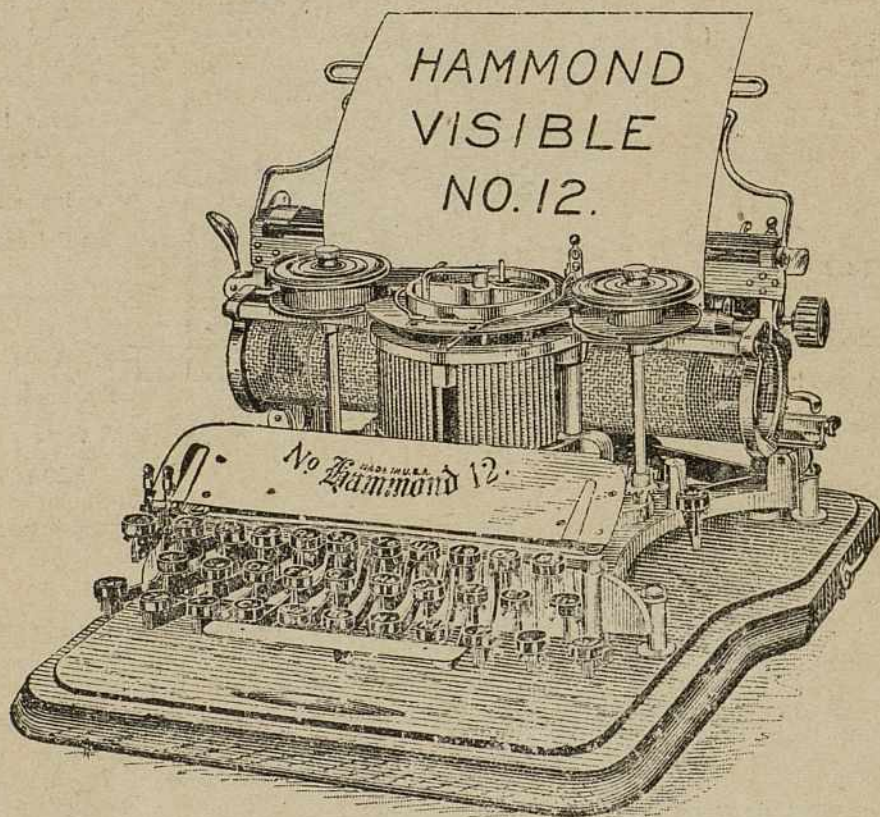
A todos los que se suscriban á **EL CUENTO SEMANAL** por el segundo semestre del pre-
sente año, previo pago anticipado de 6,50 pesetas, se les regalará una elegantísima tapa
para la encuadernación del mismo, la cual se les servirá con el último número del mes
de Diciembre próximo.

Dirigirse á la Administración de **EL CUENTO SEMANAL**, Fuencarral, 90, bajo

Ha sido nombrado Representante exclusivo para la publicidad
en **EL CUENTO SEMANAL** D. Juan Pérez D. Aragón, á quien
se dirigirá la correspondencia. **FUENCARRAL, 90**

Ayuntamiento de Madrid

Las máquinas de escribir



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinearse.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.—BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio